

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 302.

MADRID 11 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



### EL CURA MÉDICO,

NOVELA.

Pasaba yo hace algunos años por una aldea de la Bretaña: iba solo y á pie: era domingo: el reloj de la iglesia daba las doce: anunciaban las campanas la conclusion de los santos oficios, y me encontré en medio de la plazuela y en frente del pórtico. Hallándose la puerta de par en par veía arder los cirios: distinguía al sacerdote en el altar y á las gentes del pueblo postradas de hinojos. Dios es el huésped natural del fatigado viajero, así es que penetré en el templo. En aquel mismo instante el sacerdote que habia oficiado, y del cual no descubrí al pronto sino las canas, se volvió hacia los asistentes mostrando un venerable rostro octogenario: parecia conmovido, y dijo con voz algo turbada:

«Fieles míos, hoy hace cincuenta años que tomé los órdenes sacerdotales; mañana diré misa para dar gracias á Dios por haberme conservado tantos años en su santo servicio; si os lo permiten vuestras faenas tendré singular satisfaccion en que asistais todos. Despues de la misa se distribuirá en mi casa pan blanco por todo el dia á cuantos pobres se presentaren. ¿Me hallaria yo predispuesto á enterneerme á consecuencia de un aislamiento de algunas semanas?

Lo ignoro; pero lo imprevisto de la allocion, la edad del cura y el acento de su voz me hicieron una impresion vivisima, que creció de punto á la vista de cuanto me rodeaba; brotó de todos los labios un murmullo reprimido por la santidad del lugar; pero que par cia mas tierna aun por la continencia: cruzáronse entre aquel anciano y sus feligreses miradas de padre y de hijos... y propuse en mi ánimo esperar la ceremonia del siguiente dia.

Mezclándome entre los aldeanos que salian de la iglesia supe que el cura tenia 82 años: que habia nacido en Nantes de una familia opulenta, la cual le inclinaba á los mas altos honores eclesiásticos, contentándose él con solo ser cura de aldea, y de que ia en que vivia por no haberla encontrado ni mas pequeña, ni mas polre, y porque su fortuna podia satisfacer todas las necesidades de sus feligreses. Hacia 50 años que residia allí, y en este tiempo no se vertió una lágrima que no enjugase; no hubo un regocijo que no consagrare con su presencia: él era quien habia dado sepultura á los abuelos, educacion á los padres, y el agua del bautismo á los hijos: él habia abierto todas las puertas que conducen al cielo desde el bautismo hasta la estremauncion. Era mas bien que el cura, el abuelo de aquella poblacion.

Sentí pues, un placer gozo cuando paseándome

aquella tarde por la plaza ví á aquel hombre venerable acercarse á mí y ofrecermé hospitalidad tan luego como supo que era viajero. Dormir bajo un techo que habia abrigado tantos pensamientos de virtud me pareció un escolente modo de prepararme para la solemnidad del siguiente dia, que aguardé con impaciencia aguijando mas mi curiosidad el nombre que se le da y que aprendí en aquel momento; nombre que es en efecto encantador, así como es la fiesta una de las mas sencillas y poéticas de la religion cristiana. Para describir toda la ternura é intimidad que existió entre la union del hombre con la divinidad, la iglesia ha tomado su lenguaje de las afecciones humanas: el sacerdote es el esposo y la iglesia la esposa; y cuando han trascurrido 50 años en esta union celeste, cosa que rara vez sucede, aunque solo puede morir uno de los esposos, la religion celebra su alegre fiesta como el mundo, solemniza la cincuentena, y la cincuentena se llama *el matrimonio del cura*.

Al dia siguiente desde muy temprano oí llamar á la puerta del cura, y vi entrar primero á cinco ó seis eclesiásticos de las vecinas aldeas, y á varios hombres del pueblo cargados de flores. Hallabase el párroco en su aposento aguardándolos; subieron allí y yo con ellos: le encontramos sentado en una poltrona de

madera de encina, bien peinados sus cabellos, y radiante su rostro de sana frescura: estaba vestido con un traje negro reservado para las grandes solemnidades. Nos recibió con un signo de cabeza, y los aldeanos, según costumbre, sembraron la estancia de flores; en seguida empezó la ceremonia del adorno. Era la imagen fiel de los matrimonios humanos, y toda cuanto delicadeza y gracia anima à todo lo que rodea à los novios, trasladado à aquel austero enlace y cerca de aquella venerable ancianidad, producía un indefinible encanto. Figuraban los seis sacerdotes como los asistentes à las bodas; vestían ornamentos blancos: se acercaron al anciano, este se levantó, y los otros se pusieron en actitud de vestirle; cual tomó la capa de coro, cual la sobrepelliz, y él sonriendo con lágrimas en los ojos, les dejaba obrar, prestándose sencillamente à aquellos preparativos, y comunicando à aquel espectáculo un carácter sumamente tierno con su candor octogenario.

Mientras esto sucedía, en la casa del esposo también se hacían preparativos y adornos en la de la novia... la iglesia. Desde muy temprano los habitantes la habían vestido de blanco: cubrían las paredes lienzos sembrados de flores: en la parte interior del templo, en el altar, y hasta en el mismo campanario se veían infinitas guirnalda: desde la iglesia hasta la casa del cura se extendía un camino de yerbas aromáticas y de lilas, formando calle por ambos lados la apiñada muchedumbre del pueblo, toda con traje de fiesta, toda con los ojos fijos en la puerta por donde debía salir el cura: hasta los enfermos y tullidos se habían hecho trasladar à aquel punto, como lo hacían los ciegos y paralíticos por donde transitaban los santos apóstoles. Ya todo dispuesto dió la señal la campana del templo, y el cura abandonó la casa nupcial. Los sacerdotes se colocaron en su rededor, y en medio de aquella santa comitiva atravesó la pradera que conducía al templo, con planta segura y entonando con firme acento los sagrados cánticos. Se creía dueño de sí mismo; mas cuando dió la vuelta y distinguió la plaza henchida de gente y vió todo aquel aparato de fiesta, y descubrió aquella iglesia, único objeto de todos sus afanes en cincuenta años, sitio donde había orado, esperado y amado tan intensamente à Dios, lugar que también se había engalanado para recibirle, se turbó su corazón, flaquearon sus piernas, y llegó estremadamente conmovido al templo. Comenzaron los oficios divinos... Consistían en una misa en acción de gracias... La santa gravedad del ritual, la presencia de su Dios comenzaban à fortalecer su alma; mas cuando de repente, en el momento del *o salutaris*, cuando todo yacía en silencio, partió del fondo de la iglesia un coro de voces que tenían toda la pureza de las voces celestes y toda la emoción de las voces humanas: el anciano sacerdote se volvió con presteza; aquel cántico no era de la misa, y así es que le fue desconocido. Fijó sus ojos en la estremidad del templo, algo oscuro; y distinguió à ocho doncellas vestidas de blanco que poblaban los aires con la deliciosa armonía de sus inmaculadas voces. Perteneían à ilustres familias de las posesiones comarcanas, que habían concurrido algunas desde la distancia de dos leguas para ofrecer al anciano, que las dirigía en justo homenaje à sus virtudes un canto compuesto espresamente para aquella ceremonia... Aquel fue el golpe postrero, trastornado por tantas emociones comprimidas, admirado de aquel imprevisto júbilo, perdió el anciano sus fuerzas, buscó el sitio colocado cerca del ara, y habiéndose cubierto el rostro con sus manos, brotaron de sus ojos abundantes lágrimas. Se interrumpieron los oficios: le era imposible continuarlos: à los 80 años la felicidad es una fatiga, y à veces un peligro: le trasladaron à la sacristía e hicieron que despejase el templo la multitud inquieta y entristecida. En los primeros momentos le atacó una convulsión que nos puso en cuidado; mas habiéndole tranquilizado à poco tiernas solicitudes y dulces palabras, pidió que le dejasen tomar algún descanso. Salieron de allí los eclesiásticos para llevar à las gentes del pueblo, agrupadas à la puerta de la iglesia, noticias de su padre espiritual, à cuyo lado quedé yo solo.

Iluminaba la campiña el magnífico sol de junio: me hizo abrir la reja, se sentó enfrente, y vi cerrar-se sus párpados, inclinarse su cabeza, y descendió

sobre él un sueño puro como su alma, profundo como el silencio que nos rodeaba.

Entonces pasó una de esas escenas que se ven, se sienten, pero no pueden ser descritas ni olvidadas.

La sacristía tenía una puerta y una reja y ambas caían à una verde pradera, que descendía por una suave pendiente à un arroyo de agua viva; yo había abierto la puerta y sentádome al umbral, contemplando la pradera y cuidando del anciano. Después de transcurridos pocos instantes vi asomar al fin de la cuesta à dos doncellas, que habían cruzado el arroyo con el auxilio de un tablón, con el deseo de saber si sentía el párroco mejoría: las hice entender por señas que se retirasen, porque se hallaba reposando; pero detrás de estas dos hermanas llegaron otras tres jóvenes acosadas de la misma inquietud, luego dos muchachos, en seguida dos ancianos, acercándose todos paso à paso y prometiéndome por señas no hacer ruido. Hice que se detuviesen à alguna distancia.

— Duerme, amigos, duerme, les dije.  
— No le despertaremos, permitid que nos acercemos à la reja para contemplarle en su sueño.

Accedí à su pretension, y todos aquellos rostros se acercaron à los hierros la reja, todas aquellas cabezas se escalonaron unas detrás de otras, inmóviles, silenciosas y no viviendo sino para contemplarle. Habían venido mas gentes, que tenían hacia el anciano los mismos títulos de amor que los que se les habían antispado: fue, pues, forzoso cederles también el umbral de la puerta. La muchedumbre crecía por momentos y empujaba à los que se hallaban en primera línea: una de las mugeres que mas cerca se halla-

ban atravesó el umbral y se colocó junto à mí.  
— De seguro no me aguardabais, me dijo en voz baja.

Imitó su ejemplo otra joven, y luego otra, hasta que en torno de la pared se formó una hilera de jóvenes que se estrechaban y oprimían para dejar libre mas espacio entre ellas y el párroco. Se añadió un segundo círculo al primero: el anciano seguía durmiendo, y caía una de sus manos fuera del brazo de la poltrona: el calor había dado à sus mejillas mas vivo colorido: sobre su calva frente se veían leves gotas de sudor que brillaban entre sus blancos cabellos: vagaba en sus labios venturosa sonrisa, cual si soñase con la ceremonia de aquella mañana. En aquel instante, impelida por un irresistible movimiento la joven que se hallaba mas próxima al anciano, puso una rodilla en tierra: esta acción se comunicó à todos los asistentes, y en un segundo se inclinaron todas aquellas frentes, se plegaron lentamente y en silencio todas aquellas rodillas, y formaron en torno suyo un círculo de fleles que aguardaban sus bendiciones... ¿Se elevó entonces algún rumor que vibró en su oído? ¿Se escapó de aquellas almas que volaban hácia la suya alguna emanación, algún halito, alguna cosa impalpable que fue à encontrarle hasta en el seno de su sueño? ¿quién es capaz de saberlo? pero en aquel instante brotó de su corazón un suspiro, respiró con mas calma, se agitaron sus entreabiertos labios, y poco à poco sacudiendo el peso que los oprimía se abrieron despaçosamente sus ojos.

(Continuará.)



## REVISTA DE TEATROS.

Al fin se verificó en la noche del jueves la representación de *La Rueda de la Fortuna* à beneficio del distinguido poeta D. Tomas Rubí. Todas las localidades estuvieron ocupadas: al final de la comedia, que fué, si cabe, mas aplaudida que nunca, se pidió por el público la salida del autor à las tablas; deseo que no pudo satisfacerse por encontrarse Rubí algo indispuerto, lo cual no impidió que le obsequiaran con una hermosísima corona de laurel. Felicitamos à la empresa del Príncipe por lo dignamente que ha recompensado los eminentes méritos del poeta malagueño.

Una de las primeras traducciones que, según nos informan, se representará en el teatro del Príncipe, se titula *Conspirar por no reinar*.

Acaba de publicarse una entrega de la *galería de hombres célebres contemporáneos*: contiene la biografía del general Leon, escrita por el señor Tasara.

## TEATROS.

### Cruz.

A las siete de la noche.

Funcion extraordinaria; para el sábado 11 de noviembre de 1845, à las siete de la noche, à beneficio del primer actor don Juan Lombía.  
Se dará principio con una gran sinfonía y con-

cludida se ejecutará el drama nuevo orijinal, histórico y de carácter, en cuatro actos, escrito al intento por uno de nuestros primeros poetas daamáticos, con el título de:

### EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

Toda la música que tocará la orquesta en esta noche será de maestros españoles, y la funcion terminará con un buen baile nacional.

### Príncipe.

A las siete de la noche.

### LA RUEDA DE LA FORTUNA.

muy aplaudida comedia en cuatro actos.

Paso *Stirio* por Mma. y Mr. Finart.

Terminará la funcion con un divertido sainete.

### Circo.

A las siete y media de la noche.

### SAFFO

ópera en tres actos.

IMPRENTA DE BOIX.